

Santiago Loza

UN ESPÍRITU MODESTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SANTIAGO LOZA
UN ESPÍRITU MODESTO

TUSQUETS
EDITORES

El edificio

Tardó siete años la construcción. Participaron, en las distintas etapas, treinta y dos obreros. Uno murió en un accidente. Cayó al vacío por un andamio mal colocado. Se demoraron en socorrerlo. La aseguradora tardó en pagarle a la familia la indemnización correspondiente y entraron en un litigio de dos años. La empresa que construía el edificio paró la obra durante ese tiempo.

Los vecinos que pasaban por la vereda miraban esa mole inacabada y se preguntaban si quedaría así. Otro esqueleto de cemento que se sumaría al cementerio gris de la ciudad.

El obrero que murió se llamaba Raúl y se le reventó el cráneo en el impacto. Los médicos que vinieron en ambulancia a socorrerlo se negaron a recoger las partes diseminadas. La policía también se negó. La materia cerebral estuvo expuesta durante horas, se juntaron hormigas y moscas.

La mujer de Raúl perdería su embarazo al mes del accidente. Tenía otro hijo que no era de Raúl

pero que él había cuidado como propio. El chico tenía doce años y se daba maña para algunos trabajos de albañilería. Unos años más tarde sería obrero como Raúl y construiría un edificio lindero.

La empresa propuso un acuerdo de un treinta por ciento de lo que correspondía según el abogado. Ella aceptó por necesidad y fastidio. Compró un terreno en el pueblo donde vivía su madre, hizo una huerta y trabajó en una de las dos peluquerías del lugar.

Después del arreglo, la construcción se reactivó, el edificio fue ganando en altura. Los obreros improvisaban asados sobre una chapa cerca del espacio donde había estallado Raúl. Quedaba una marca oscura en la zona que sería tapada con baldosas marrones. Con el tiempo esas baldosas se partirían y la sangre de Raúl volvería en forma de filtración. Un líquido viscoso que se convertiría en moho permanente en la base del edificio.

Laura tenía cuarenta y siete cuando se mudó. Viajó tres meses antes que su madre. Cuando entró al departamento, en uno de los placares encontró un crucifijo rojo con lo que parecía ser el esqueleto de un sapo. No se asustó, lo tiró en la bolsa negra de nailon que estaba en la sala vacía. No le pareció una señal ni una maldición ni los restos de una brujería. Tampoco le produjo rechazo ni temor. En el tiempo de la mudanza, Laura estaba apática.

Pasó lavandina en los pisos. Desinfectó. Rasqueteó los restos de grasa que habían dejado en la cocina. Otros restos que se habían vuelto costras, hongos, materia sólida, fósiles de una vida descuidada. Laura odiaba a la gente en general y pensó que los dueños anteriores serían gente sucia. En la compra de la casa los había visto remilgados. Incluso la miraron como a una pueblerina, como si hubieran tenido cierta alcurnia que los diferenciaba. Puercos. La gente en la intimidad hace cualquier clase de inmundicias.

Le costó más el baño. Nunca le molestó limpiar los baños, incluso disfrutaba de tirar mucha agua y fregar fuerte los sanitarios. Pero ahora, cuando sacaba la mugre de los expropietarios, lo hacía con bronca. Como si quisiera quitar hasta el último germen del pasado. Quería entrar limpia a esa casa. Cuando consideró que estaba impecable, dejó pasar a los obreros.

No aplicó el mismo cuidado en el departamento de su madre. Habían vivido juntas veinte años y por fin tomarían distancia. Seis pisos de distancia. Laura en el 3° A, la madre en el 9° B. Era una distancia prudencial. Podría controlar a su madre. Ver si estaba bien, visitarla a diario, pero manteniendo independencia.

Habían vendido la casa que tenían para vivir en la capital. Otra gente hace el movimiento contrario. Cuando ven que se asoma en el horizonte el fantasma de la vejez, se trasladan a sitios más tranquilos. Ellas no. Cuando vieron que la cosa se venía de achaques, decidieron vivir en una ciudad grande y violenta. Habían visto por televisión las noticias, el tráfico siempre atascado, los robos, las calles cortadas. También las telenovelas. Habían hecho viajes previos que las fueron preparando en su determinación. En cada viaje se habían peleado cuando Laura caminaba demasiado rápido para el andar de su madre. En cada viaje se habían cansado de mirar

vidrieras y precios. En cada viaje fueron a algunos de los restaurantes a los que solían ir los artistas de la televisión. Fueron al teatro y se aburrieron. También, a algunos recitales y a ferias en los parques.

En verdad, lo que más disfrutaban era el visio-nado de vidrieras. Entrar y preguntar precios y que todo les resultara imposible de caro y no comprar. Cuando tomaban el colectivo regresando de cada viaje, cada una en silencio deseaba un día instalarse en la ciudad y dedicarse de lleno al asunto de las vidrieras.